para introducir despues las tropas mejicanas que acabasen con todos ellos en una noche; pero cuando supo de su embajador las grandes fuerzas con que le buscaba Hernan Cortés, le faltó el ánimo para mantener su estratagema; y tuvo por mejor consejo el de la fuga, dejando su ciudad y sus vasallos á la discrecion de sus enemigos.

Fué dicha ocupar fácilmente á Tezcuco.

Dió la felicidad en este suceso cuanto pudieran la industria y el valor. Deseaba Hernan Cortés ocupar á Tezcuco, puesto ventajoso para su plaza de armas, y necesario para su empresa; y el ardid intentado por el cacique le franqueó sin disputa las puertas de aquella ciudad. Su fuga le desvió un embarazo en que habia de tropezar cada instante la desconfianza ó el recelo: y el descontento de sus vasallos le facilitó el camino de traerlos á su devocion: que cuando se ha de acertar, todo es oportuno, y quizá por esta consideracion se puso lo afortunado entre los atributos de los capitanes: en cuyas disposiciones obra el valor lo que ordenó la prudencia, y se hallan la prudencia y el valor, sucedido lo que facilitó la felicidad ó la fortuna. Entendió mal, ó no entendió la gentilidad este vocablo de la fortuna: dábale su adoracion como á deidad, aunque achacosa y deslucida con sus ceguedades y mudanzas; pero nosotros conocemos por este mismo nombre las dádivas gratuitas de la divina beneficencia: con que viene á quedar mejor entendida la felicidad, mejor colocada la fortuna, y mejor favorecido el afortunado.

Capitanes afortunados.

Fortuna de la gentilidad.

CAPITULO XI.

Alojado el ejército en Tezcuco, vienen los nobles á tomar servicio en él. Restituye Cortés aquel reino al legítimo sucesor, dejando al tirano sin esperanza de restablecerse.

Trátase de ganar voluntades.

Puso Hernan Cortés su principal cuidado en que perdiesen el miedo los paisanos. Mandó á los suyos que les hiciesen todo buen pasage, tratando solo de ganar aquellos ánimos, que ya se debian mirar como rendidos: y pasó esta órden con mayor aprieto á las naciones confederadas por medio de sus cabos, cuya obediencia fué mas reparable, porque se hallaban en tierra enemiga, enseñados á las violencias de su milicia, y no sin alguna presuncion de vencedores. Pero respetaban tanto á Cortés, que no contentos con reprimir su ferocidad y su costumbre, trataban de familiarizarse con todos, publicando la paz con la voz y con las demostraciones. Quedó aquella noche el ejército en los palacios del rey

Las naciones se portaron bien.

Alójase el ejército.

fugitivo: y eran tan capaces, que hallaron bastante alojamiento en ellos los Españoles, con alguna parte de los Tlascaltecas: y los demas se acomodaron en las calles cercanas fuera de cubierto, por evitar la estorsion de los vecinos.

Ministros de los ídolos á pedir la paz.

Por la mañana vinieron algunos ministros de los ídolos á solicitar el buen pasage de sus feligreses, agradeciendo el que hasta entónces habian esperimentado: y propusieron á Cortés que la nobleza de aquella ciudad esperaba su permision para venir á ofrecerle su obediencia y su amistad: á cuya demanda satisfizo, concediendo en uno y otro cuanto le pedian, sin necesitar mucho de afectar el agrado, porque deseaba lo que concedia. Y poco despues llegaron aquellos nobles en el trage de que solian usar para sus actos públicos, y acaudillados, al parecer, por un mozo de poca edad y gentil disposicion, que habló por todos, presentando á Cortés aquella tropa de soldados que venian á servir en su ejército, deseando merecer con sus hazañas la sombra de sus banderas: á que añadió pocas palabras, dichas con cierta energía y gravedad, que solicitaban la atencion, sin desazonar el rendimiento. Escuchóle, no sin admiracion, Hernan Cortés, y se pagó tanto de su elocuencia y despejo, sobre lo bien que le sonaba la misma oferta, que se arrojó á sus brazos sin poderse reprimir; pero atribuyendo á su discrecion los escesos del gusto, volvió á componer el semblante, para responder ménos alborozado á su proposicion.

Ofrécese la nobleza á Cortés.

Habla por todos un mozo de poca edad.

Llegan todos á rendirse.

Fueron llegando los demas: y despues de cumplir con las ceremonias del primer obsequio, se quedó Hernan Cortés con el que vino por su adalid, y con algunos de los que parecian mas principales: y llamando á sus intérpretes, averiguó, á pocas instancias de su cuidado, todo lo que tenia dispuesto el cacique por complacer á los Mejicanos: el artificio con que ofreció el alojamiento de aquella ciudad á los Españoles: la falta de valor con que volvió las espaldas al primer rumor de su peligro: y últimamente dieron á entender que haria poca falta donde se aborrecia su persona, y se celebraba su ausencia como felicidad de sus vasallos. Punto en que los apuró Hernan Cortés, porque le importaba servirse de aquella mala voluntad para establecer su plaza de armas: y halló en la respuesta cuanto pudiera fingir su deseo; porque no sin algun conocimiento del fin á que se iban encaminando sus preguntas, le refirió el mas anciano de aquellos nobles: « Que Cacumatzin, señor « de Tezcuco, no era dueño propietario de aquella tierra, sino « un tirano el mas horrible que llegó á producir en« tre sus monstruos la naturaleza; porque habia « muerto violentamente y por sus manos á Nezabal su hermano

Averigua Cortés el trato doble del rey de Tezcuco.

Noticias que dió el mas anciano.

Era tirano el rey de Tezcuco.

« mayor, para echarle de la silla, y arrancar de sus sienes la co-
« rona. Que aquel príncipe, á quien habia tocado el
« hablar por todos, como el primero de los nobles,
« era hijo legítimo del rey difunto; pero que su corta
« edad negoció el perdon, ó mereció el desprecio del tirano: y él,
« conociendo el peligro que le amenazaba, supo esconder su queja
« con tanta sagacidad, que ya pasaba por falta de espíritu su disi-
« mulacion. Que toda esta maldad se habia fraguado
« y dispuesto con noticia y asistencias del empera-
« dor mejicano que antecedió á Motezuma, y de nuevo le favore-
« cia el emperador que reinaba entónces, procurando servirse de
« su alevosía para destruir á los Españoles. Pero que la nobleza
« de Tezcuco aborrecia mortalmente las violencias de Cacumatzin:
« y todos sus pueblos tenian por insufrible su dominio, porque
« solo trataba de oprimirlos, cerrando el camino de sujetarlos. »

El mozo era príncipe legítimo.

Cómo se introdujo la tiranía.

En este sentir se hizo entender aquel anciano; y apénas lo acabó de percibir Hernan Cortés, cuando le ocurrió en un instante lo que debia ejecutar. Acercóse al príncipe desposeido con algo de mayor reverencia: y poniéndole á su lado, convocó los demas nobles que aguardaban su resolucion, y les dijo, mandando levantar la voz á sus intérpretes: « Aquí teneis, amigos, al hijo legítimo de vues-
« tro legítimo rey. Ese injusto dueño, que tiene mal usurpada
« vuestra obediencia, empuñó el cetro de Tezcuco recien teñido
« en la sangre de su hermano mayor: y como no es dada la cien-
« cia de conservar á los tiranos, reinó como se hizo rey, despre-
« ciando el aborrecimiento, por conseguir el temor de sus vasa-
« llos, y tratando como esclavos á los que habian de tolerar su
« delito: y últimamente con la vileza de abandonaros en el riesgo,
« desestimando vuestra defensa, os ha descubierto su falta de va-
« lor, y puesto en las manos el remedio de vuestra infelicidad. Pu-
« diera yo, si no fueran otras mis obligaciones, servirme de vues-
« tro desamparo, y recurrir al derecho de la guerra, sujetando
« esta ciudad, que tengo, como veis, al arbitrio de mis armas;
« pero los Españoles nos inclinamos dificultosamente á la sinra-
« zon; y no siendo en la sustancia vuestro rey el que nos hizo
« la ofensa, ni vosotros debeis padecer como vasallos suyos, ni este
« príncipe quedar sin el reino que le dió la naturaleza. Recibidle
« de mi mano como le recibisteis del cielo. Dadle por
« mí la obediencia que le debeis por la sucesion de
« su padre. Suba en vuestros hombros á la silla de sus mayores:
« que yo, ménos atento á mi conveniencia que á la equidad y á la
« justicia, quiero mas su amistad que su reino, y mas vuestro
« agradecimiento que vuestra sujecion. »

Habla Cortés al príncipe, y despues á sus vasallos.

Trata de restituirle el reino.

Tuvo grande aplauso esta proposicion de Cortés entre aquellos nobles. Oyeron lo que deseaban, ó se

Aplauso de esta resolucion.

hallaron sin lo que temian: porque unos se arrojaron á sus pies, agradeciendo su benignidad; y otros, acudiendo primero á la obligacion natural, se adelantaron á besar la mano á su príncipe. Divulgóse luego esta noticia en la ciudad, y empezaron las voces á manifestar el alborozo del pueblo, que tardó poco en significar su aceptacion con los gritos, bailes y juegos de que usaban en sus fiestas, sin perdonar demostracion alguna de aquellas con que suele adornar sus locuras el contento popular.

Reservóse para el dia siguiente la coronacion del nuevo rey, que se celebró con toda la solemnidad y ceremonias que ordenaban sus leyes municipales, asistiendo al acto Hernan Cortés, como dispensador ó donatario de la corona: con que tuvo su participacion del aura popular, y quedó mas dueño de aquella gente que si la hubiera conquistado: siendo este uno de los primores que le dieron nombre de advertido capitan, porque le importaba en todo caso tener por suya esta ciudad para la empresa de Méjico, y halló camino de obligar al nuevo rey con el mayor de los beneficios temporales: de interesar á la nobleza en su restitucion, dejándola irreconciliable con el tirano: de ganar al pueblo con su desinteres y justificacion: y últimamente de conseguir la seguridad de su cuartel, que por otro medio fuera dudosa, ó mas aventurada: quedando sobre todo con mayor satisfaccion de haber hecho en el desagravio de aquel príncipe lo que pedia la razon; porque á vista de lo que importaban las demas conveniencias, daba el primer lugar á esta resolucion, por ser mas de su genio, y porque siempre suponian algo ménos en su estimacion las operaciones de la prudencia, que los aciertos de la generosidad.

Coronacion del nuevo rey.

Acierto de Cortés en este caso.

Su generosidad.

CAPITULO XII.

Bautízase con pública solemnidad el nuevo rey de Tezcuco: y sale con parte de su ejército Hernan Cortés á ocupar la ciudad de Iztacpalapa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una zelada que le tenian prevenida los Mejicanos.

Quedó Hernan Cortés aplaudido y venerado entre aquella gente: la nobleza se declaró su parcial, y enemiga de los Mejicanos: volvióse á poblar la ciudad, restituyéndose á sus casas las familias que se habian retirado á los montes: y aquel príncipe vivia tan dependiente y tan rendido á Cortés, que no solamente le ofreció sus milicias, y servir á su lado en la empresa de Méjico, pero le consultaba cuanto disponia: y aunque mandaba entre los suyos como rey, en llegando á su presencia,

Atenciones del nuevo rey de Tezcuco.

tomaba la persona de súbdito, y le respetaba como á superior. Seria de hasta diez y nueve ó veinte años, y tenia capacidad de hombre nacido en tierra ménos bárbara : de cuya buena disposicion se sirvió Hernan Cortés para introducirle algunas veces en la plática de la religion, y halló en su modo de atender y discurrir un género de propension á lo mas seguro, que le puso en esperanzas de reducirle, porque se desagradaba de los sacrificios violentos de su nacion : tenia por vicio la crueldad, y confesaba que no podian ser amigos del género humano los dioses que se aplacaban con la sangre del hombre. Entró en estas conversaciones fray Bartolomé de Olmedo : y hallándole tan dudoso en el error, como inclinado á la verdad, le tuvo en pocos dias capaz de recibir el bautismo : cuya funcion se hizo públicamente, y con gran solemnidad, tomando por su eleccion el nombre de don Hernando Cortés en obsequio de su padrino.

Desagradale su religion.

Bautizase con el nombre de Hernando Cortés.

Trabajábase ya en la obra de los canales por donde se comunicaba la laguna con las acequias de la ciudad : y este príncipe dió seis ó siete mil Indios vasallos suyos para que los hiciesen de mayor latitud y profundidad, segun las medidas que se habian dado á los bergantines. Y porque deseaba Hernan Cortés caminar al mismo tiempo en algunas operaciones que parecian necesarias para facilitar la empresa de Méjico, determinó pasar con parte de sus fuerzas á la ciudad de Iztacpalapa, puesto avanzado seis leguas adelante, para quitar aquel abrigo á las canoas mejicanas, que se acercaban algunas veces á impedir el trabajo de los gastadores : á cuya resolucion le obligó tambien la conveniencia de traer en algun ejercicio á los Indios confederados, que se mantenian quietos en la ociosidad á fuerza del respeto, y no sin alguna fatiga del cuidado.

Cómo estaba entónces Iztacpalapa.

Estaba situada, como dijimos, la ciudad de Iztacpalapa en la misma calzada por donde hicieron su primera entrada los Españoles, y en tal disposicion, que ocupando alguna parte de la tierra, quedaba el mayor número de sus edificios, que pasarian de diez mil casas, dentro de la misma laguna : cuyas vertientes se introducian por acequias en la poblacion terrestre al arbitrio de unas compuertas que dispensaban el agua segun la necesidad. Tomó Hernan Cortés á su cargo esta faccion, y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristoval de Olid, con trecientos Españoles, y hasta diez mil Tlascaltecas : y aunque intentó seguirle con sus milicias el nuevo rey de Tezcuco, no se lo permitió, dándole á entender que seria mas útil su persona en la ciudad, cuyo gobierno militar dejó encargado á Gonzalo de Sandoval ; y á los dos con todas las instrucciones que parecieron necesarias para la seguridad del cuartel, y los demas accidentes que se podian ofrecer en su ausencia.

Gente que llevó Cortés á esta jornada.

Intento acompañarle el nuevo rey.

Ejecutóse la marcha por el camino de la tierra con intento de ocupar la ciudad por aquella parte, y desalojar despues á los vecinos de la otra banda con la artillería y bocas de fuego, segun lo dictase la ocasion. Pero no faltaron noticias de este movimiento al enemigo; porque apénas dió vista el ejército á la plaza, cuando se reconoció á poca distancia de sus muros un grueso de hasta ocho mil hombres, que habian salido á intentar su defensa en la campaña, con tanta resolucion, que hallándose inferiores en número, aguardaron hasta medir las armas, y pelearon valerosamente lo que bastó, al parecer, para retirarse con alguna reputacion : porque á breve rato se fueron recogiendo á la ciudad, y sin guarnecer la entrada, ni cerrar las puertas, desaparecieron, arrojándose al lago desordenadamente; pero conservando en la misma fuga los brios y las amenazas del combate.

Grueso del enemigo á la entrada.

Retiranse con artificio á la ciudad.

Conoció Hernan Cortés que aquel género de retirada tenia señas de llamarle á mayor riesgo, y trató de introducir su ejército en la ciudad con todo el cuidado que pedian aquellos indicios; pero se hallaron totalmente abandonados los edificios de la tierra : y aunque duraba el rumor de los enemigos en la parte del agua, resolvió, con el parecer de sus cabos, mantener aquel puesto, y alojarse dentro de los muros, sin pasar á mayor empeño, porque iba faltando el dia para entrar en nueva operacion. Pero apénas tomaron cuerpo las primeras sombras de la noche, cuando se reparó en que resonaban por todas partes las acequias, corriendo el agua impetuosamente á lo mas bajo : y Hernan Cortés conoció á la primera vista que los enemigos trataban de inundar aquella parte de la ciudad, y que levantando las compuertas del lago mayor, lo podrian conseguir sin dificultad. Riesgo inevitable, que le obligó á dar apresuradamente las órdenes para la retirada : en cuya ejecucion se ganaron los instantes, y todavía escapó la gente con el agua sobre las rodillas.

Desamparan los barrios de tierra.

Alójase dentro de los muros el ejército.

Inunda el enemigo el alojamiento.

Salió Hernan Cortés asaz mortificado, y mal satisfecho de no haber prevenido aquel engaño de los Indios : como si cupiera todo en su vigilancia, ó no tuviera sus límites la humana providencia. Sacó su ejército á la campaña por el camino de Tezcuco, donde pensaba retirarse, dejando para mejor ocasion la empresa de Iztacpalapa, que ya no era posible sin aplicar mayores fuerzas por la parte de la laguna, y traer embarcaciones con que desviar de aquel parage á los Mejicanos. Alojóse como pudo en una montañuela segura de la inundacion, donde se padeció grande incomodidad : mojada la gente, y sin defensa contra el frio de la noche; pero tan animosa, que no se oyó una desazon entre los soldados : y Hernan Cortés, que andaba por los ranchos infundiendo paciencia con su ejemplo, hacia sus

Retirase Cortés á la campaña.

Trata de volverse á Tezcuco.

esfuerzos para esconder en las amenazas del enemigo el desaire de su engaño, ó el escrúpulo de su advertencia.

Siguese la retirada.

Prosiguióse la retirada como estaba resuelta con los primeros indicios de la mañana, y se alargó el paso, mas porque necesitaba la gente del ejercicio para entrar en calor, que porque se recelase nueva invasion; pero declarado el dia, se descubrió un grueso de innumerables enemigos, que venian siguiendo la huella del ejército. No se dejó la marcha por este accidente; pero se caminó á paso lento para cansar al enemigo con la dilacion del alcance, aunque los soldados se movian con dificultad, clamando por detenerse á tomar satisfaccion, unos de la ofensa, y otros de la incomodidad padecida: cada cual segun el dolor que mandaba en el ánimo, y todos con la venganza en el corazon.

Siguen los enemigos el ejército.

Quedan rotos y deshechos.

Hizo alto el ejército, y se volvieron las caras cuando pareció conveniente: y los enemigos acometieron con la misma precipitacion que seguian; pero las ballestas de los Españoles (que por venir mojada la pólvora, no sirvieron las bocas de fuego) y los arcos de los Tlascaltecas detuvieron el primer ímpetu de su ferocidad; y al mismo tiempo cerraron los caballos, haciendo lugar á las demas tropas amigas, que rompieron á todas partes por aquella muchedumbre desordenada, y la obligaron brevemente á ceder la campaña con pérdida considerable.

Segundo y tercer acometimiento.

Volvió Hernan Cortés á su marcha, sin detenerse á deshacer enteramente á los fugitivos; porque necesitaba de todo el dia para llegar á su cuartel ántes de la noche. Pero los enemigos, tan diligentes en retirarse como en rehacerse, le volvieron á embestir segunda y tercera vez, sin escarmentar con el estrago que padecian; hasta que temiendo el peligro de acercarse á Tezcuco, donde tenian su fuerza principal los Españoles, se volvieron á Iztacpalapa, quedando con bastante castigo de su atrevimiento, pues murieron en esta repeticion de combates mas de seis mil Indios: y aunque hubo en el ejército de Cortés algunos heridos, faltaron solo dos Tlascaltecas, y un caballo, que cubierto de flechas y cuchilladas, conservó la respiracion hasta retirar á su dueño.

Queda castigado el enemigo.

Celebró Hernan Cortés y todo su ejército este principio de venganza como emienda ó satisfaccion de lo que se habia padecido: y poco ántes de anochecer se hizo la entrada en la ciudad con tres ó cuatro victorias de paso, que dieron garbo á la faccion, ó quitaron el horror á la retirada.

Fué notable el ardid de Iztacpalapa.

Pero no se puede negar que los Mejicanos tenian bien dispuesto su estratagema: hicieron salida para llamar al enemigo: dejáronse cargar para empeñarle: fingieron que se retiraban, para introducirle dentro del riesgo: dejaron abandonadas las habitaciones que intentaban inundar; y

tenian mayor ejército prevenido para no aventurar el suceso. Vean los que desacreditan esta guerra de los Indios, si eran, como dicen, rebaños de bestias sus ejércitos, y si tenian cabeza para disponer, puesto que les dejan la ferocidad para las ejecuciones. Necesitó Hernan Cortés de toda su diligencia para escapar de sus asechanzas, y quedó con admiracion, ó poco ménos que envidia de lo bien que habian dispuesto su estratagema: por ser estos ardides ó engaños que se hacen al enemigo uno de los primores militares de que se precian mucho los soldados, teniéndolos no solo por razonables, sino por justos, particularmente cuando es justa la guerra en que se practican; pero en nuestro sentir les basta el atributo de lícitos; aunque alguna vez puedan llamarse justos por la parte que tienen de castigar inadvertencias y descuidos, que son las mayores culpas de la guerra.

Lícitos los estratagemas en la guerra.

CAPITULO XIII.

Piden socorro á Cortés las provincias de Chalco y Otumba contra los Mejicanos: encarga esta faccion á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, los cuales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al emperador mejicano.

Piden socorro los de Chalco y Otumba.

Tenia Hernan Cortés en Tezcuco frecuentes visitas de los caciques y pueblos comarcanos, que venian á dar la obediencia, y ofrecer sus milicias: súbditos mal tratados y quejosos del emperador mejicano, cuya gente de guerra los oprimia y desfrutaba con igual desprecio que inhumanidad. Entre los cuales llegaron á esta sazon unos mensageros en diligencia de las provincias de Chalco y Otumba con noticia de que se hallaba cerca de sus términos un ejército poderoso del enemigo, que traia comision de castigarlos y destruirlos, porque se habian ajustado con los Españoles. Mostraban determinacion de oponerse á sus intentos, y pedian socorro de gente con que asegurar su defensa: instancia que pareció no solo puesta en razon, sino de propia conveniencia: porque importaba mucho que no hiciesen pie los Mejicanos en aquel parage, cortando la comunicacion de Tlascala, que se debia mantener en todo caso. Partieron luego á este socorro los capitanes Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo con doscientos Españoles, quince caballos, y bastante número de Tlascaltecas, entre los cuales fueron, con tolerancia de Cortés, algunos de esta nacion, que porfiaron sobre retirar á su tierra los despojos que habian adquirido: permision en que se consideró, que aguardándose nuevas tropas de la república,

Van Sandoval y Lugo al socorro.

Retiranse á su tierra algunos Tlascaltecas con el despojo adquirido.

importaria llamar aquella gente con el cebo del interes, y con esta especie de libertad.

Iban estos miserables, trocado ya el nombre de soldados en el de Indios de carga, con el bagage del ejército; y como reguló el peso la codicia, sin atender á la paciencia de los hombros, no podian seguir continuadamente la marcha, y se detenian algunas veces para tomar aliento: de lo cual advertidos los Mejicanos, que tenian emboscado en los maizales el ejército de la laguna, los acometieron en una de estas mansiones, no solo, al parecer, para despojarlos, porque hicieron el salto con grandes voces, y trataron al mismo tiempo de formar sus escuadrones, con señas de provocar á la batalla. Volvieron al socorro Sandoval y Lugo, y acelerando el paso, dieron con todo el grueso de su gente sobre las tropas enemigas, tan oportuna y esforzadamente, que apénas hubo tiempo entre recibir el choque, y volver las espaldas.

Asáltalos el enemigo.

Vuelve el ejército á socorrerlos, y rompe á los Mejicanos.

Dejaron muertos seis ó siete Tlascaltecas de los que hallaron impedidos y desarmados; pero se cobró la presa, mejorada con algunos despojos del enemigo: y se volvió á la marcha, poniendo mayor cuidado en que no se quedasen atras aquellos inútiles: cuyo desabrimiento duró hasta que penetrando el ejército los términos de Chalco, reconocieron poco distantes los de Tlascala, y se apartaron á poner en salvo lo que llevaban; dejando á Sandoval sin el embarazo de asistir á su defensa.

Nueva multitud de Mejicanos en el camino.

Habian convocado los enemigos todas las milicias de aquellos contornos para castigar la rebeldía de Chalco y Otumba: y sabiendo que venian los Españoles al socorro de ambas naciones, se reforzaron con parte de las tropas que andaban cerca de la laguna; y formando un ejército de bulto formidable, tenian ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas en campaña. Avisados á tiempo Lugo y Sandoval, y dadas las órdenes que parecieron necesarias, se fueron acercando puesta en batalla la gente, sin alterar el paso de la marcha: pero se detuvieron á vista del enemigo los Españoles con sosegada resolucion, y los Tlascaltecas con mal reprimida inquietud, para examinar desde mas cerca el intento de aquella gente. Hallábanse los Mejicanos superiores en el número: y con ambicion de ser los primeros en acometer, se adelantaron atropelladamente como solian, dando sin alcance la primera carga de sus armas arrojadizas. Pero mejorándose al mismo tiempo los dos capitanes, despues de lograr con mayor efecto el golpe de los arcabuces y ballestas, echaron delante los caballos: cuyo choque, horrible siempre á los Indios, abrió camino para que los Españoles y los Tlascaltecas entrasen rompiendo aquella multitud desordenada, primero con la turbacion, y despues con el estrago. Tardó poco en declararse por todas partes la fuga

Batalla reñida.

Huyen los enemigos.

del enemigo: y llegando á este tiempo las tropas de Chalco y Otumba, que salieron de la vecina ciudad al rumor de la batalla, fué tan sangriento el alcance, que á breve rato quedó totalmente deshecho el ejército de los Mejicanos y socorridas aquellas dos provincias aliadas con poca ó ninguna pérdida.

Reserváronse para tomar noticias ocho prisioneros, que parecian hombres de cuenta: y aquella noche pasó el ejército á la ciudad, cuyo cacique, despues de haber cumplido con su obligacion en el obsequio de los Españoles, se adelantó á prevenir el alojamiento, y tuvo abundante provision de víveres y regalos para toda la gente; sin olvidar el aplauso de la victoria, reducido, segun su costumbre, al ordinario desconcierto de los regocijos populares. Eran los Chalqueses enemigos de los Tlascaltecas, como súbditos del emperador mejicano, y con particular oposicion sobre dependencias de confines; pero aquella noche quedaron reconciliadas estas dos naciones, á instancia y solicitud de los Chalqueses, que se hallaron obligados á los Tlascaltecas, por lo que habian cooperado en su defensa: conociendo al mismo tiempo, que para durar en la confederacion de Cortés, necesitaban de ser amigos de sus aliados. Mediaron los Españoles en el tratado, y juntos los cabos y personas principales de ambas naciones, se ajustó la paz con aquellas solemnidades y requisitos de que usaban en este género de contratos: obligándose Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo á recabar el beneplácito de Cortés, y los Tlascaltecas á traer la ratificacion de su república.

Entra el ejército en Chalco.

Chalqueses, enemigos de los Tlascaltecas.

Quedan amigas estas dos naciones.

Hecho este socorro con tanta reputacion y brevedad, se volvieron Sandoval y Lugo con su ejército á Tezcuco, llevando consigo al cacique de Chalco, y algunos de los Indios principales, que quisieron rendir personalmente á Cortés las gracias de aquel beneficio, poniendo á su disposicion las tropas militares de ambas provincias. Tuvo grande aplauso en Tezcuco esta faccion, y Hernan Cortés honró á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo con particulares demostraciones, sin olvidar á los cabos de Tlascala: y recibió con el mismo agasajo á los Chalqueses, admitiendo sus ofertas, y reservando el cumplimiento de ellas para su primer aviso. Mandó luego traer á su presencia los ocho prisioneros mejicanos, y los esperó en medio de sus capitanes, previniéndose para recibirlos de alguna severidad. Llegaron ellos confusos y temerosos, con señas de ánimo abatido y mal dispuesto á recibir el castigo, que, segun su costumbre, tenian por irremisible. Mandólos desatar: y deseando lograr aquella ocasion de justificar entre los suyos la guerra que intentaba con otra diligencia de la paz, y hacerse mas considerable al enemigo con su generosidad, los habló por medio de sus intérpretes en esta sustancia:

Vuelven á Tezcuco Sandoval y Lugo.

Vienen á presencia de Cortés los prisioneros.

Razonamiento que les hizo Cortés.

« Pudiera, segun el estilo de vuestra nacion, y segun aquella especie de justicia, en que hallan su razon las leyes de la guerra, tomar satisfaccion de vuestra iniquidad, sirviéndome del cuchillo y el fuego, para usar con vosotros de la misma inhumanidad que usais con vuestros prisioneros; pero los Españoles no hallamos culpa digna de castigo en los que se pierden sirviendo á su rey, porque sabemos diferenciar á los infelices de los delincuentes: y para que veais lo que va de vuestra crueldad á nuestra clemencia, os hago donacion á un tiempo de la vida y de la libertad. Partid luego á buscar las banderas de vuestro príncipe, y decidle de mi parte, pues sois nobles, y debeis observar la ley con que recibis el beneficio, que vengo á tomar satisfaccion de la mala guerra que se me hizo en mi retirada, rompiendo alevosamente los pactos con que me dispuse á ejecutarla: y sobre todo á vengar la muerte del gran Motezuma, principal motivo de mi enojo. Que me hallo con un ejército en que no solo viene multiplicado el número de los Españoles invencibles, sino alistadas cuantas naciones aborrecen el nombre mejicano: y que brevemente le pienso buscar en su corte con todos los rigores de una guerra que tiene al cielo de su parte, resuelto á no desistir de tan justa indignacion, hasta dejar reducidos á polvo y ceniza todos sus dominios, y anegada en la sangre de sus vasallos la memoria de su nombre. Pero que si todavía, por escusar la propia ruina, y la desolacion de sus pueblos, se inclinare á la paz, estoy pronto á concedérsela, con aquellos partidos que fueren razonables: porque las armas de mi rey, imitando hasta en esto los rayos celestiales, hieren solo donde hallan resistencia, mas obligadas siempre á los dictámenes de la piedad que á los impulsos de la venganza. »

Recado que les dió para su príncipe

Requiérele con la paz.

Caminan á Méjico los prisioneros.

Dió fin á su razonamiento, y señalando escolta de soldados españoles á los ocho prisioneros, ordenó que se les diese luego embarcacion para que se retirasen por la laguna: y ellos, arrojándose á sus pies, mal persuadidos á la diferencia de su fortuna, ofrecieron poner esta proposicion en la noticia de su príncipe, facilitando la paz con oficiosa prontitud; pero no volvieron con la respuesta; ni Hernan Cortés hizo esta diligencia porque le pareciese posible reducir entónces á los Mejicanos; sino por dar otro paso en la justificacion de sus armas, y acreditar con aquellos bárbaros su clemencia: virtud que suele aprovechar á los conquistadores, porque dispone los ánimos de los que se han de sujetar: y amable siempre hasta en los enemigos, ó parece bien á los que tienen uso de razon, ó se hace por lo ménos respetar de los que no la conocen.

No volvieron con la respuesta.

CAPITULO XIV.

Conduce los bergantines á Tezcuco Gonzalo de Sandoval, y entre tanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortés á reconocer con parte del ejército las riberas de la laguna.

Llegó en esta sazon la noticia de que se habian acabado los bergantines; y Martin Lopez avisó á Cortés que trataria luego de su conduccion: porque la república de Tlascala tenia prontos diez mil tamenes ó Indios de carga; los ocho mil, que parecian necesarios para llevar la tablazon, jarcias, herrage y demas adherentes; y los dos mil, que irian de respeto, para que se fuesen alternando y sucediendo en el trabajo; sin comprender en este número á los que se habian de ocupar en el trasporte de los víveres para el sustento de esta gente, y de quince ó veinte mil hombres de guerra con sus cabos, que aguardaban esta ocasion para marchar al ejército: con los cuales partiria de aquella ciudad el dia siguiente, resuelto á esperar en la última poblacion de Tlascala el convoy de los Españoles que habia de salir al camino; porque no se atreveria sin mayores fuerzas á intentar el tránsito peligroso de la tierra mejicana. Eran aquellos bergantines la única prevencion que faltaba para estrechar el sitio de Méjico: y Hernan Cortés celebró esta noticia con tal demostracion, que la hizo plausible á todo el ejército. Encargó luego el convoy á Gonzalo de Sandoval, con doscientos Españoles, quince caballos, y algunas compañías de Tlascaltecas, para que unidos con el socorro de la república, pudiesen resistir á cualquiera invasion de los Mejicanos.

Sábese que estaban acabados los bergantines.

Nuevo socorro de Tlascaltecas.

Pide Martin Lopez convoy de los Españoles.

Sale con él Gonzalo de Sandoval.

Antonio de Herrera dice que salieron de Tlascala con el maderámen de los bergantines ciento y ochenta mil hombres de guerra: número, que de muy inverisímil, se pudiera buscar entre las erratas de la impresion: quince mil dice Bernal Diaz del Castillo: mas fácil es de creer, sobre los que asistian al ejército. Encargó la república el gobierno de esta gente á uno de los señores ó caciques de los barrios, que se llamaba Chechimecal, mozo de veintitres años; pero de tan elevado espíritu, que se tenia por uno de los primeros capitanes de su nacion. Salió Martin Lopez de Tlascala con ánimo de aguardar el socorro de los Españoles en Gualipar, poblacion poco distante de los confines mejicanos. Disonó mucho á Chechimecal esta detencion, persuadido á que bastaba su valor y el de su gente

Chechimecal gobierna el socorro de Tlascala.

Hombre satisfecho de su valor.

Rehusa esperar el convoy.